

Guerra II

Mila Sagan



Image not found.

Capítulo 1

Allí afuera, en el frío exterior plagado de luces lejanas y mundos envejecidos, una tristeza abominable reinaba sin que nadie pudiera apagarla. Las pequeñas naves flotaban por doquier, y a Mario le parecían pájaros perdidos y temerosos, que en cualquier momento se estrellarían contra los enemigos como si lo hicieran contra un universo. Ninguno de ellos quería estar ahí, ninguno de ellos quería morir, pero eran los únicos que podían hacerlo, los únicos que podían defender la Tierra de la fuerza tremenda de la Contraexpansión que amenazaba con derribarla. Ellos eran la Guardia final de la Humanidad.

Comunicado once cincuenta. El Estado de Rotanos del planeta Cassini declara una condición de rebeldía unánime y su apoyo absoluto e incondicional al movimiento de Contraexpansión iniciado por una minoría intelectual originada primariamente en la Capital. El Imperio decide imponer oficialmente un desacuerdo. Todas las poblaciones deberán alistarse para una situación bélica inminente.

En la estrecha cabina de su vehículo que era un arma, Mario pensó en la gente del mundo azul, que allá abajo sufría y derramaba lágrimas incontables por todo el espanto. Su hermana pequeña estaba entre ellos, y aunque los combatientes acababan de partir, quizás creía que ya estaban muertos.

A una distancia considerable pero no menos terrible, un estallido fenomenal se llevó a todo el escuadró nororiental a su infierno. Mario apretó las manos contra los controles y abrió mucho esos hermosos ojos verdes que brillaban en su rostro joven tanto como las grandes galaxias que los Hombres en su codicia una vez habían comenzado a destruir. Estaba aterrado.

“¡No te vayas!”, chilló la voz de su hermanita. Corría hacia Mario, y él, luego de detenerla, porque ella no veía, se agachó para enfrentarla.

-Yo no quiero irme –dijo-. No quiero, pero me han llamado. No hay nadie más.

-¡Te vas a morir! –lloró la niña. Su hermano la abrazó, sintiendo que su corazón se partía al medio. -¡Mar, si te vas, vas a morir y no volverás nunca! ¡Por favor!

El chico miró su costado izquierdo de reojo; en ese preciso momento, cuatro hileras de naves que iban tras la suya desaparecieron en un haz de luz, silenciosa y desoladora. Él tragó saliva, pero no se inmutó. No pudo reaccionar, de ningún modo. Se fijó en la pantalla transparente que tenía justo enfrente; una cámara externa mostraba un asalto del bando

contrario por un cuadrante que no estaba contemplado, porque consistía en un acto de cobardía y traición. Aunque, a fin de cuentas, aquella lucha, que había sido denominada como la Guerra de la Contraexpansión, también lo era. Sólo se trataba de un grupo cada vez más amplio de gente que se oponía a que los humanos siguieran dispersándose por el Universo, pues creían que había cosas más importantes de las que ocuparse. Tal vez, varios siglos atrás, eso hubiera sido cierto; pero en aquel momento la raza tornada en interestelar había sanado muchos de sus errores, y en verdad habían tenido que desempolvar las armas de las que disponían para defenderse del ataque de los rebeldes, porque hacía mucho tiempo que no las usaban más que para exhibirlas como parte de la Historia. Quizás por eso era tan terrible que el bando contrario avanzara con tal ímpetu sobre la Capital; realmente querían matarlos a todos y posiblemente la Guardia no pudiera detenerlos.

¿Por qué tanto odio? ¿Por qué se apasionaban tanto en destruirse, si eran hermanos? ¿Por qué los mundos tenían que sacudirse y desesperarse y desfallecer con tanta violencia, si eran unas creaciones tan impresionantes? El dominio del Imperio era algo magnífico, solemne, y del primero al último de sus habitantes se esforzaban continuamente por superarse a sí mismos, por ser dignos de la herencia que una existencia antiquísima les había otorgado. Pero los rebeldes no pensaban eso, y ahora, por ellos, todos los soldados, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, tenían que cabalgar en la ruina, en aquella frontera entre el miedo y la ilusión.

Un fuego como de una estrella iluminó las tinieblas, casi alcanzando a la Tierra. La mitad de las naves desapareció; pareció oírse un grito desgarrador, no de una persona, no de un piloto, sino de todos los que estaban sobreviviendo en la batalla universalmente. Mario desplazó su nave hacia su derecha, observando a una manada muy numerosa de atacantes del Movimiento preparándose para continuar sin piedad con su carnicería. El muchacho aceleró para ocultarse, y desde su refugio observó la situación. El abismo entre los planetas era cada vez más profundo, y la única esperanza conocida estaba cayendo masivamente y sin retorno. Pero la Contraexpansión no podía ganar, ¿cierto? El Imperio no iba a volver al fondo oscuro del polvo secular...

-“Irán a la bahía blanca de la noche, para que nadie más tenga que llorar este dolor”.

La voz dulce de Eva resonó por el espacio. Los ojos de Mario se llenaron de lágrimas, mientras él esperaba, esperaba en la duda.

-¿Qué significa eso? -le preguntó el chico a su hermanita. Estaban sentados en el suelo de la sala de estar de su casa, sobre una alfombra, junto a una cálida chimenea y rodeados de muchos libros. La niña había estado cantando retazos de algunas melodías, mientras Mario la

contemplaba, simplemente la contemplaba porque ella era su ser humano favorito.

Eva rio.

-¿La bahía blanca? –dijo-. Pues la Luna.

-¿Lo inventaste tú?

-Sí –contestó ella-. Es porque estoy muy triste porque me dejarás.

Mario se quedó paralizado por unos momentos, y luego estrechó a su hermana en un tierno abrazo que no se atrevió a soltar.

-Nunca te voy a dejar, Ev –aseguró-. Nunca...

-Eso dice la gente cuando sabe que se va a morir –le interrumpió la pequeña.

-Bueno, ¿sabes algo? Si muero, volveré como un fantasma, y te asustaré todas las noches hasta que seas muy viejecita y ya no te importe. ¿Quieres?

-¡Pero no podré verte!

-No, ¡pero haré mucho ruido! Y flotaré encima de ti y... te soplaré la cara.

-Entonces tendrás que volar... y mantenerte alto, muy alto...

Mantente en lo alto.

-¿Hola? ¿Alguien puede oírme? ¿Hay alguien vivo?

Mario echó un vistazo a su radio, sorprendido. Sin comprender cómo, pudo reaccionar y apretar un botón para comunicarse.

-Riverdance –respondió-. ¿Quién eres? ¿Estás bien?

El otro quiso contestar, pero fue interrumpido por una tercera voz.

-Si queda alguien más, por favor, nos reagruparemos en el frente y procederemos a un bastión de defensa planetaria. Eso incluirá, por supuesto, disparar la totalidad de nuestra carga contra los rebeldes. Es la única opción que tenemos hasta que lleguen refuerzos de Andrómeda. Cambio y fuera.

-Oye, quien seas, tenemos que reunirnos con los demás –le dijo Mario a su radio. No podía saber que acababa de adquirir una palidez espectral. -

¿Puedes moverte?

-Sí, claro –dijo el otro afablemente-. Nos vemos allí.

Mantente en lo alto.

Mario voló hacia el lado de la Tierra en donde habían llamado a formarse. Por el extremo opuesto apareció otro solitario, un punto albo que se hizo cada vez más grande, y que se unió, como él mismo, a un grupo reducido y valiente de naves que eran como unas lanzas resplandecientes en el cielo. Y su fondo era un mar gigante y azul que lucía sereno entre tanto pesar; una piedra preciosa que manaría belleza hasta su postrero suspiro.

Mantente en lo alto.

Ya estaba listo. Todos se habían encontrado al fin. Caballeros que se encenderían en una llamarada singular que quedaría grabada en la Historia estelar. La Guardia de la Humanidad.

-Bastión formado –dijo la radio-. En posición.

Aquellos bólidos se acercaban a una velocidad espectacular y tenían como objetivo hacerlos pedazos. Mario parpadeó intensamente, entornó la vista y apretó la mandíbula. Eva... Eva estaba abajo.

-Fuego a discreción. Cuando gusten.

Mantente en lo alto.

En el momento en que las armas de los mundos empezaban a disparar Mario viró rápidamente hacia arriba, fue hasta la cumbre de la bóveda celeste y se detuvo para girar vertiginosamente hacia abajo. Cuando lo hizo, se sorprendió al ver que la nave que lo había contactado antes le seguía; ambos se colocaron lado a lado, y comenzaron a lanzar todo su arsenal contra la furiosa ola que arremetía contra la inmensa piedra azul. Y aquello se transformó en una monumental tormenta de muerte...

En los ojos asombrosamente verdes de Mario refulgieron luces lejanas y el océano de soles que surgía de aquel choque de almas.

En algún momento, junto a la Luna apareció una distorsión, y miles de vehículos espaciales de toda especie salieron y se arrojaron como leones hambrientos sobre los que ansiaban terminar con su grande Imperio. Y Mario y su compañero, calmos en el cielo, se extraviaron en aquel jardín de destellos que fueron eternos...

Y la guerra terminó. Una mañana, la batalla fue una sola, y ahora es un gran relato que permanecerá para que aprendamos. No es una advertencia. No es una amenaza. Sólo es un reconocimiento, de que todos somos hermanos. Y resulta que la raza es demasiado inteligente como para no viajar unida por siempre por los mundos divinos del Cosmos.

-“Y un día, no hubo más” –dijo Eva sonriendo-. “Aquellos seres se tomaron las manos y sonrieron, y subieron a la gloria, convirtiéndose en los reyes solemnes de todas las galaxias y eras del tiempo”. Punto final.

-De acuerdo –dijo Mario, y pausó el pequeño aparato de grabación-. Eso es todo, ¿cierto?

-Así es –asintió ella-. ¿Te gustó, Juan?

Un hombre un poco calvo, de aspecto amable y ojos color miel que se veían de veras muy dulces sonrió y movió la cabeza afirmativamente. Se quedó pensando por unos momentos, y luego dijo:

-No mencionaste que tu hermano es un héroe, creo.

-¿Un héroe? –repitió Mario sorprendido-. ¿Cómo es eso?

-Salvaste mi vida –repuso Juan-. Y eres uno de los pocos sobrevivientes de la conclusión de la Guerra de la Contraexpansión. Para mí ésas son grandes hazañas.

-Lo son –afirmó Eva mientras Mario se ruborizaba.

-Tan sólo fue suerte –dijo el chico-. Tú decidiste seguirme, Juan. Fue una casualidad. En cualquier caso, tú te has salvado solo.

-No –contestó Juan-. Nunca hubiera pensado en cambiar mi posición. No lo hubiese hecho sin ti, y habría muerto inevitablemente.

Mario sonrió, encogiéndose de hombros.

-Sólo hacía lo que debía –musitó-. Ni siquiera soy un soldado de verdad. Y, en realidad, todo fue gracias a ti, mi linda damita. –Ella acentuó su sonrisa, y sus ojos brillaron-. Eres la mejor.

Unos minutos después, los tres se levantaron; Mario y Juan tomaron las manos de Eva, y juntos salieron de la casa de los hermanos, en la que se encontraban, para ir hasta la cima de una colina cercana. Se pararon allí, y miraron hacia el cielo, que estaba espléndidamente decorado con un majestuoso atardecer que se mezclaba con la noche reciente. Allí afuera,

en el frío exterior plagado de algunas luces cercanas y las ruinas de una era culminada, una tranquilidad hermosa reinaba sin que nadie la rompiera. El paisaje estelar les llenó de paz y pareció reflejarse en las sonrisas de Eva y Juan y en los ojos siempre bellos de Mario.

-“La Humanidad aún vivió por incontables siglos –recitó de repente Eva-, y cuidó fielmente de su padre Universo; y pudo ver con regocijo, desde todos los planetas, la añeja, fabulosa y excelsa luz de las estrellas.”